DUODÉCIMA EDICIÓN PÓLITICA CULTURA ABRIL 2025

"La muerte me vino a buscar, yo le dije: ombe, carajo respeta. Yo tengo cien años nomás por ahí por donde viniste regresa."



1 Prospecto
Esteban López Vallejo

Novenario
Irina Petro De León

Muer -Té
Lebasi es isabel

6 Mi funeral
Laura Rincón López

7 Los muertos que llevamos dentro Angie Paola Rúa

9 Las cosas del muerto Soledad Reza

12 Chocolate, pan y queso Guadalupe Quintero

16 Almas Penantes
Brahayan Agudelo

ÍNDICE

Prospecto

Esteban López Vallejo

Fuerte como el roble, soy hobre que pega duro. Pa' aquel que no me conoce a mi me llaman El Brujo

Sufro de dismetría, una condición que dificulta la percepción de distancias y medidas. No logro identificar a ojo cuanta distancia hay entre un horcón del quiosco y otro. No sé cuánto tiempo lleva el agua del café hirviéndose, tampoco sé cuántas ediciones de La bagatela llevamos, ni si la última que publicamos fue ayer o hace un año. No me hace la vida más difícil, pero tampoco podría decir que no me afecta en absoluto.

Cuando dejamos de escribir o de leer por mucho tiempo, se pierde la "facilidad" de las palabras. Ya no vienen una detrás de la otra, sino que se granulan y gotean con dificultad, como tortura china. Por la dificultad que siento al escribir este prospecto, sí logro identificar que la última vez que escribí más de un párrafo fue hace mucho tiempo.

También puedo decir que desde la última vez que escribí han pasado muchas cosas en la vida de esta revista: dos están a punto de ser profesionales, alguien más va a terminar una maestría y hasta un libro publicado hay de por medio. Yo, por mi parte, sigo aquí, peleando con un texto que empecé hace casi 5 años (o 5 días).

Si quisiera decir algo positivo de sufrir esta condición, podría comentar que dejé de lamentarme por los proyectos inacabados porque si algún día decido retomarlos, jamás sentiré la frustración del "qué hubiera sido". Tampoco me daría miedo entrar a una corraleja, porque no podré saber si el toro está muy lejos o muy cerca.

Esta edición se siente cercana, como que hace poco leí estos textos y los disfruté. Tal vez, hace poco vi estas fotos y me sentí identificado. Sí, asumiré que así fue. Entonces, los invito a disfrutas esta edición, tan inmediata a la anterior de La Bagatela.

Y mejor dejo hasta aquí porque tengo que ir a revisar si el agua del café ya hirvió, no estoy seguro de hace cuanto tiempo la puse.

Novenario

Irina Petro De León

I.

Mandó a decir el cura
no hay quien llore a este muerto
¿qué de su alma será?
pobre alma noble
que en pena ahora vague
porque ni en vida ni en un ataúd
una lágrima le pudieron dedicar



II.

Sóplame
que se me va
el respiro
en este llanto
que no es mío
 me lo prestaron
y no es tuyo tampoco
¿a quién se le devuelve?

No se te ocurra preguntar de quién es la cama quién me consuela quién es la que llora con tanto dolor

Sóplame
pero no tan duro
pasito
que se me levanta el velo
y me ven
llorando por lo que no es
comiendo del muerto
aunque el favor de matarlo
me lo haga Dios

III.

Vestido negro
tela barata
deja que de rabia
de tristeza
de necesidad
por hambre
te rompa
el encaje

Lágrima que de mi corazón suda sin pena dime si también muerto está Ahora

¿a quién humedecerás?

Velo negro
tejido a mano
permítete perderte
soltarte a la brisa
que pasa sin ser invitada
la que apagó la vela
la que nos hizo creer que
el muerto
vivía entre nosotros
piérdete
en mi grito arrebatado
piérdete
ahora que puedes

Pártete collar de perlas baratija sin valor señuelo de lujo

Quémate biblia ajena la fantasía sobra en este mortuorio crematorio de anhelos

IV.

Salta de mi pecho sollozo de mi madre viva cuando ya el muerto del otro aclame su lamento

Contaré yo mis gritos

Inspeccionaré el pañuelo que se me tendió para mis lágrimas secar

No vaya a ser que te cobre de más que salga perdiendo o peor que la gente se devuelva pensando que a ese muerto nadie lo quiso

V.

Si me condenas por los ríos que de mis ojos son caudal

yo me burlaré por tus intentos inacabados penosa imposibilidad de bañar en lamento el alma de aquel que te quiso

de hacerle el camino a la inmunda eternidad

VI.

Decía mi abuela se necesitan lágrimas para cruzar al otro lado

Sin clamor

quedará en el el supuesto límbico olvido apreciado enterrado

tu flor también

se marchitará



VII.

Cuál presagio ni cuál augurio

Aborreces mi duelo por ser tuyo también y suyo y nuestro

Quizá yo no sea más que una recicladora compulsiva de miserias

Cuál presagio ni cuál augurio

qué voy a ser yo

No me atribuyas tanto que yo aquí vengo siendo luto eterno golero sin basural despedida inconclusa nada

ıv

VIII.

Mírate detrás de la oreja

o mira pal cielo

nunca viene solo

un golero

Cuidado tú que hueles a un ciento de margaritas arrinconadas a eucalipto seco a vaho mustio de río

La mía decía sale mejor morir bien que vivir mal

El día que te vayas tristeza de mujer ¿quién te lamentará? si con el pecho todavía caliente fue más lo que lloraste que lo que viviste en el querer

Cuidado plañidera no vaya a ser que un día de estos la muerte te coja cariño



¿Cómo se toma la muer-te?

Mi funeral

Laura Rincón López

Me he visto morir en el espejo millones de veces

Asisto a mi funeral con más recelo cada vez

Me abrazo y me invito a un té de albahaca

Aunque sé que en el fondo lo que quiero es un sorbo de desesperanza.

A los 8 años enterré la versión de mí que quería ser doctora murió untada de vómito revuelto con sangre después de caerme en la bici.

A los 12 se nos fue la yo estrella del pop las risas fueron el canto fúnebre que sonaba mientras descendía el féretro.

Más o menos a los 15 velamos a la parte de mí que anhelaba cambiar el mundo

a ratos le escribo y conversamos en sueños.

Hace un par de años también morí frente a un misterio del universo y renací al instante.

Incluso ayer estábamos en la funeraria nos acordamos de todas las caídas reímos con un par de anécdotas y nos prometimos un encuentro que nunca va a suceder.

que llevamos dentro

Angie Paola Rúa Cadavid - Ilustración por Irina Petro de León

Hablar sobre la muerte se me hace tan complica- otros, por el contrario, los llevan en sus espaldas y do a veces. Las palabras se limitan para describir todo lo que se siente al vivirla en carne propia; cuando al mirarse frente al espejo, se halla un rostro inexpresivo e inerte parecido a nosotros mismos y que luego en ese acto contemplativo, como en una necesidad de reconocerse en ese cuerpo con el que a veces se siente el abandono y la extrañez, al bajar la mirada, se descubre el hueco que hay en el pecho. En aquel mismo lugar en el que a veces se siente todo: tanto el amor, como el dolor; aquel lugar de contradicciones que suele convertirse en el panteón que alberga nuestros muertos, incluyéndonos a nosotros mismos.

No exagero al asegurar que todos tenemos un lugar propio en el que acogemos, simbólicamente o de hecho, a cada uno de los seres que han muerto.

Cada uno de nosotros les hace hogar en un lugar distinto.

Algunos los llevan en los ojos, ojos sin vida que reflejan la tristeza que inunda sus cuerpos, ojos como olas picadas que reflejan su furia y desconsuelo;

su peso les lleva a besar la tierra, sepultarse en ella y convertirse en túmulos funerarios que luego serán profanados por arqueólogos de la memoria que nos harán obligarnos a hacernos cargo de esa historia olvidada.



Hay quienes los cargan en sus estómagos y al Es esta necesidad imperante de deshacernos de tat de las aves de carroña y se revuelcan en las su presencia en nuestras vidas, aún estando noches por el dolor de ser devorado por los ausentes, aún estando muertos. recuerdos, los tormentos, las dudas y las preocupaciones. Finalmente, algunos les dan lugar en Buscamos transformarlos, evadirlos, pero están sus manos y les permiten reposar en la pluma con en cada lugar que visitamos o al que huimos, con la que escribirán su carta de despedida, en el instrumento con el cual acompañarán la homilía para su último adiós, en el barro que moldearán y cuerpos; en otros paisajes que dejen de pesarnos, luego cocerán al fuego, que será la urna que ser- de recordarnos nuestra vulnerabilidad, nuestra virá para adornar su propio entierro.

Es así como intentamos convertirlos en algo distinto para salvarnos de rompernos en pedazos que no serán rellenados con oro, sino con lodo, con silencios, lágrimas y más ausencias.

descomponerse, sus entrañas se vuelven el hábi- estos cadáveres la que nos seguirá reafirmando

la ilusión de que el recuerdo, la imagen viva de los muertos, nos abandone y haga casa en otros débil condición humana.

Los llevan en sus espaldas y su peso les lleva a besar la tierra, sepultarse en ella y convertirse en túmulos funerarios...

el muerto

Soledad Reza

Mi mamá murió en abril de 2015 pero sabiendo bien que lo que Vendí lo que pude, regalé el y desde entonces cambió mi guardo.

nombre, una identidad, un vaticinio.

Los rituales luctuosos con su protocolo agotador lleno de gente y ruido casi arruinan para mí el café y el color negro. Solo pude soportar los rosarios de las nueve noches para evitar el Pasan más días, empiezan a regaño de mis tías.

Pasados los días, la ausencia muerto. que trae la muerte se va acomodando en los espacios y entorpece el regreso al vivir. Entra uno al baño y ahí está el cepillo de dientes del muerto, su shampoo, crema de manos, maquilla-

cotidianos. Regalar lo que está a medio usar, botar lo expirado. Suave, como que medio duele, pero nada que lo detenga a uno en la tarea.

Pasan más días y uno se acuesta en la cama del muerto porque es cómoda y uno quiere leer,

se busca es el olor de quien se relación con los objetos que extraña. Ese olor que lo abraza a uno unos segundos y que cada Mi mamá se llamaba Soledad y vez es más difícil de encontrar así me bautizó. Me regaló un porque ya no está el dueño de la almohada y ahora hay otros olores que empiezan a opacar el aroma de su cabello, a reemplazarlo por olor a detergente.

Suave, es una cama. Un mueble Seguía el closet. de la casa, no lo vamos a esconder.

preguntar por las cosas del

Papeles para legalidades, artículos de donación, cositas que se quieren como herencia emocional. Voces expertas dicen que es lo que se debe hacer, no se debe postergar.

Recibida la instrucción, caminé Empieza la purga de objetos la casa para revisar lo que mi mamá dejaba en ella. Inmediatamente las paredes empezaron a respirar y su respiración me asfixiaba.

> repente inmundos, los cuadros corronchos, las imágenes religiosas siniestras. No quería ser viera sus cosas. la dueña de esas cosas.

resto. La mirada reprobatoria de mis tías presente en cada transacción.

Suave, los muebles no me dolie-

Ni uno solo.

Cuando lo abrí, el olor me dió un puño en la panza. Empecé a llorar como niña chiquita, niña huérfana, niña inútil. Seguí llorando como adulta huérfana, adulta inútil. Revisé todo. Ví lo que quardaba, sus tesoros. Me sentí fascinada por conocerla a través de sus objetos, quise hacerle preguntas, escuchar sus relatos.

Me sentí contenta al imaginarla como amiga, compañera de trabajo, novia.

Tuve la certeza de no querer a Los muebles me parecieron de nadie conmigo en ese momento. Quería a mi mamá solo para mí y me iba a asegurar que nadie Nadie iba a criticar sus manías, nadie iba a juzgar su orden y la importancia de lo que había decidido guardar. La verdad es que no entendí nunca la colección de objetos que tuve en mis manos, lo único que tenían en común era mi mamá. Sólo ella los entendía y yo nadie era para opinar sobre su valor.

Abracé sus recuerdos, boté lo que consideré solo de ella porque nadie más tenía que ser dueño de ello y guardé para mí tres cosas que hasta el día de hoy conservo. El rosario con el que rezaba todos los días a las tres de la tarde, la peinilla que cargaba en el bolso y un labial al que le vi ese desgaste propio de cada boca, de su boca.

El resto estaba a disposición de sus hermanas, mis tías.

Duro. Ahora sí estaba muerta mi mamá.

No di lucha por la colección inmaculada de artículos navideños que mi madre guardaba con orgullo, tampoco por las cosas preciosas que tejía. Esas cosas quedaban mejor cuidadas en manos de sus hermanas.

Yo tenía lo que necesitaba para recordarla sin tristeza.

No pude seguir viviendo en su casa, ahora mía.

No pude seguir viviendo cerca a sus hermanas, mis tías.

Sigo llorando como huérfana.

Abracé sus recuerdos, boté lo que consideré solo de ella porque nadie más tenía que ser dueño de ello y guardé para mí tres cosas que hasta el día de hov conservo.



Guadalupe Quintero Hoyos

caminar por la habitación y al poco tiempo empecé a trepar las paredes hasta llegar al techo de aquel cuarto de hospital. No era la primera vez que pasaba. Yacía en el techo contemplando mi cuerpo que permanecía inerte en esa descuidada cama. ¿Acaso era un niño inocente jugando a la muerte o solo un viejo intentando escapar de esta? Ese cuerpo desalmado hacía que el ocaso de mis pensamientos perdurara. Tenía la esperanza de que me buscaran, aunque fuera solo en pensamientos. Todos rastreaban con la mirada a mi cuerpo, pero mi alma ya no estaba allí. No hacía falta gritar, no serviría de nada. Ya había intentado entablar una conversación, pero de mis labios no surgía movimiento, tal vez era porque éramos parte de dos mundos diferentes, era entonces mejor quedarse flotando en el techo y aferrarme a la idea de que las ruidosas máquinas y los tubos neumáticos que colgaban de mi alma y pecho me mantuvieran conectado a lo tangible, que me llevaran así fuera desgarrado de vuelta a aquel cuerpo que la gente solía visitar.

Ese cuerpo tiene la apariencia de un señor ya arrugado, demasiado grande para la camilla, ampuloso, de sonrisa carismática sin necesidad de haber usado ortodoncia y con la impresión de que zapateaba fuerte al caminar y que no comía con modales, sino con cariño.

Lentamente, me levanté de la camilla, comencé a Vestía su orgullo con porte de ricachón, usaba zapatos grandes y duros, sombreros de tela y bufandas que guardaban su olor. En ocasiones, no faltaba ver su camisa con bolsillo abierta como cantinero que mostraba el ocaso laberinto de un pecho rasgado en cicatriz, ocultando las amargas penas en cualquier lugar donde vendieran tapetusa, era allí mismo donde todo olor de perfume de hombre desaparecía y se convertía en un amargo guaro y tinto. A pesar de los largos años visibles en la cara que se suponía mía, no quería reclamar ese cuerpo como mío. La tarea de creer que viví tanto era difícil, mi alma se sentía inmadura por la falta de tiempo, no me sentía lo suficientemente sabio para morir, no sabía cómo morir, pero tampoco como volver a dar vida y vivir lo suficiente. Si vivía no sabía cómo amar correctamente, pero si moría sabría que no amé lo idóneo para mi guerer.

> La esencia de ese cuerpo que ha recorrido tanto no tiene la certeza de las arrugas que ha conseguido, tal vez sea por la falta de recuerdos que carezco de las mujeres alrededor del cuerpo, he de suponer que se trataba de mi esposa e hija, dos mujeres con ojos iguales e idénticas lágrimas, que con el solo hecho de verlas generaban el remoto deseo de admirarlas, no había la necesidad de saber por qué las amaba, solo lo sentía en lo profundo de mi ser, sin el guerer sustento alguno.

no era la sala sino yo. Faltaba un recuerdo por de lágrimas o que ahogara los destellos en sus desvanecer. "Un cielo lleno de estrellas". Esa niña ojos hasta volverlos remolinos de arena. con mirada primaveral, con ojos oscuros, pero tan brillantes, casi iguales a dos faroles, con sus cachetes rosados por los golpecitos que le daba y esos moños exagerados que su madre le ponía, esa era mi nieta, la que correteaba por toda la casa para chocarse con las paredes y esconderse debajo de las camas. Tan llena de luz, de esperanza, tan inocente llegando a ser feliz. Ella poseía algo a lo que yo carecía, el saber vivir, no morirá en el acostumbramiento, sería una inconformista que no pasaría de ignorante a los aletargados de la vida. Sabía vivir más que cualquier filósofo desesperado por el sentido de la vida, que cualquier escritor intentando hallar las causas de los desamores o de la sociedad de mediocres que la esperaba. Su asombro por cosas insignificantes la hacía feliz: un charco de agua, el aleteo de una otro. mariposa, desobedecer a sus padres y los areneros. Aprendió a ser feliz con tan poco que llegó a ser admirable para mi. . Tal vez se llegue a cansar de eso algún día, pero sé que su hambre de conocimiento es demasiada como para saciarla en una sola vida y para mi consuelo, es demasiado inconformista como para alguna vez dejar de serlo.

Poco se daba cuenta de lo que le pasaba a su abuelo, estaba tan ocupada siendo feliz, que pese a mis enfermedades también me hizo feliz, quería dejarla siendo inocente, sin tener que darle explicaciones de porqué tenía el ombligo hinchado, por qué tenía cicatrices en el pecho y por qué su nombre lo pronunciaba mal. Me guardaba de decirle la verdad. Solo mencionaba que era una pipa cuando aún podía decirle algo.

Esa sala llena de gente aun se sentía vacía. Tal vez No quería que sus ojos vieran las estrellas a través

Su presencia olía a chocolate, en especial el que su abuela hacía. No era solo chocolate, era una mezcla de queso, pan y en sí mismo ese líquido poco espeso y marrón. Tenía una imagen grotesca pero su sabor decía lo contrario. No cualquiera lo haría igual, solo unas manos arrugadas con manchas podrían resaltar el amor en esa grotesca mezcla. El chocolate tenía que ser hecho en panela, de lo contrario no tenía la certeza de ser lo suficientemente dulce para haber tocado sus pequeños labios. El pan tenía que ser despedazado con las manos, mientras lo ponía encima de ese humo que empañaba las ventanas. El queso era lo mismo que el pan. Si lo había hecho bien, cada pan y queso tomaría una figura diferente al

Lo único que se había cortado con cuchillo habría sido una rodaja más de queso al lado del tazón hirviendo. Más que comida, era una mezcla de amor, tan poderoso como para hacer olvidar cualquier dolor presentado en aquella casa. No hacía falta ningún menjurje para curar la tristeza de un corazón cuando se tenía esa mezcla a base de panela. El olor fuerte del chocolate reposaba en las narices presentes, muy dulce, muy amargo, poco importaba, lo único que era de tal importancia para ser mencionado era que sabía siempre igual: a un cariño puro, algo que ningún chef o manos curanderas se atreverían a igualar. No se llamaba para comer, uno ya sabía cuando tenía que irse a sentar a la mesa de vidrio por las sutiles señales que la casa daba y podía deducirse por la lluvia, que se escuchaba más de lo normal,

conversaciones de mi nieta no eran de lo más comunes, todas eran igual de impredecibles pero su temerario era muy distintivo del otro.

- -Abuelito, ¿qué le pasó en el pecho?
- -Nada, mi amor, no mire eso tan feo que va a hacer que usted me quiera menos.

Mi espera por una risa pícara falleció.

-Abuelito, usted sabe que ninguna de sus cicatrices va a hacer que yo lo ame menos.

o por el cambio de canales en la televisión. Las En cambio, la vulnerabilidad se hizo presente, ¿sería el amor tan poderoso como para vencer la muerte? Arañaba el techo con la esperanza de despegarme y caer al piso para ir caminando de vuelta al cuerpo y seguir respirando con pulmones y no alma, pero me hundía más en el techo, como si fuera mi dichosa tumba. Me convertí en el muñeco de juego para la muerte. Me cansé de intentar, solo quise ahorrar esos últimos momentos siendo parte de mi y no del silencioso acechar de la muerte.



delgada línea entre la vida y la muerte, ¿quien dijo que solo en la vida se podía amar? La muerte y el humo azul de un cigarrillo en la sala de espera podría jugar conmigo, pero no predicar que me separo de aquellos a los que lloré en cuerpo y alma. Aunque me había olvidado de cómo decir las vocales, todavía recordaba en darle un billete azul a mi nieta para que fuera a la tienda de al lado a comprar sus chocolatinas. Muchas veces no era un billete azul, cualquier papel que estuviera quardado en mi bolsillo serviría.

El amor rompe cualquier barrera de tiempo y la Mientras se esfumaba mi último recuerdo, el hilo de la vida se iba haciendo cada vez más delgado se convertía en la neblina que inundaba aquella habitación. Ya la vista está borrosa, lo suficiente para desvanecerme como se apaga una colilla de cigarrillo con el último suspiro.

Aquello era lo único que perdura en el recuerdo de aquel agonizante suceso de un viejo. Mi lecho le hizo saber a la muerte que no podía amar y que una despedida no había sido un abrazo sino chocolate, pan y queso.

¿Será esta la ocasión en que todas mis acciones se conviertan en recuerdos y no haya retorno a ese inmóvil cuerpo? Moriría, eso era claro. En ese momento lloré, lloré con el alma y no con el cuerpo, lloré de verdad, de la manera en que se llora sabiendo que se ha perdido todo. Lloré con los recuerdos y ellos lloraron conmigo, eran mis únicos compañeros. Solo esperaba que el hilo que me ataba al cuerpo se reventara tan fino como un cordel de seda. Pasé un tiempo rezando, luego me arrepentí de no haberle tenido miedo a la muerte, cosa cuyo significado ahora es mi penumbra. Sólo rezaba con el anhelo de salvar mi alma y saber que mi vida fue suficiente para amar.

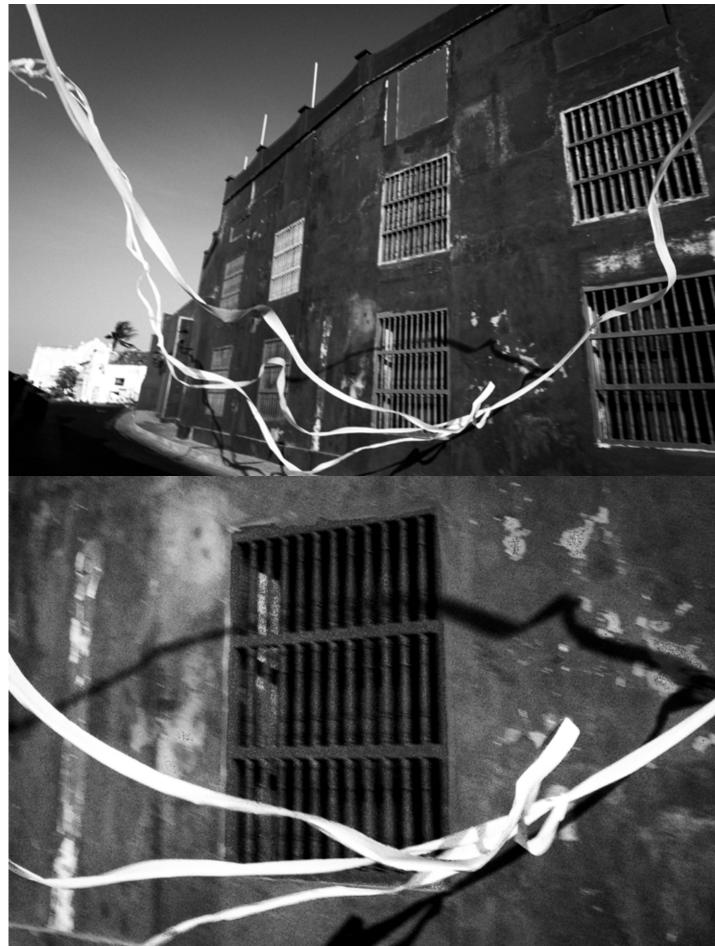
Mi muerte era inminente. Afrontar lo inevitable. Decidí dejar de luchar y dejarme llevar por el momento, abandonaba mi memoria, admitiendo que nunca más volvería a tocar la taza hirviendo de algún migao!

¿Sería el amor tan poderoso como para vencer la muerte?

Brahayan Agudelo Posada







Almas penantes

Brahayan Agudelo Posada

Testigos fueron el muro los vio

La sombra marcó la grieta y quedó huella

Los vientos las dibujan las borra las rehace

¿De dónde somos?

El tiempo es físico y nos mueve a su antojo en círculos no avanza

Las calles, siempre las mismas calles danzan nuestras almas, con cuerpo en un espacio liminal, anacrónico y eterno

Lo presencio, siento.

Existimos al viento.

Aquí pertenezco, lo digo.

Miento.



Irina Petro de León
Buenas ideas, malas decisiones.
@palabremar

Andrea Pérez Reza
En sus tiempos libres, captura cartas Clow.
@andpreza





Virginia Petro de León
Le debe al ICETEX.

@virginiapetrod

Esteban López Vallejo
Recomienda no renunciar a trabajos estables
@esdomingo



